

das, 114 cañones de mediano y 395 de pequeño calibre.

158 destroyers y torpederos de alta mar.

J. B. y L.

### LAS OPERACIONES EN LA MANDCHURIA

Defraudando los cálculos y previsiones de muchos críticos y corresponsales que, como consecuencia de la desgraciada ofensiva del ejército ruso contra las posiciones japonesas de Yan-tai-Tu-men-ling, daban por segura la ocupación inmediata de Muk-



Distracciones japonesas: el general Fushii y su ayudante, pescando en el Tai-tse

den y la retirada de las tropas de Kuropatkin hasta el norte de la Mandchuria, vino la suspensión de las operaciones y quedaron los dos ejércitos beligerantes uno enfrente de otro, con sus avanzadas en contacto extendidas sobre una línea que desde el Oeste del río Hun sigue por el curso del Sha y termina al Este en el paso de Van-fu-ling, que atraviesa directamente de N. a S. el camino de Fu-chu al río Tai-tsé.

Esta incomprensible y anómala situación de dos ejércitos de igual fuerza que sumando medio millón de combatientes permanecen durante varias semanas en oposición y á muy corta distancia, sin que de las insignificantes escaramuzas de puestos avanzados que diariamente ocurren pueda sacarse ningún indicio revelador del curso de las futuras operaciones; este inesperado resul-

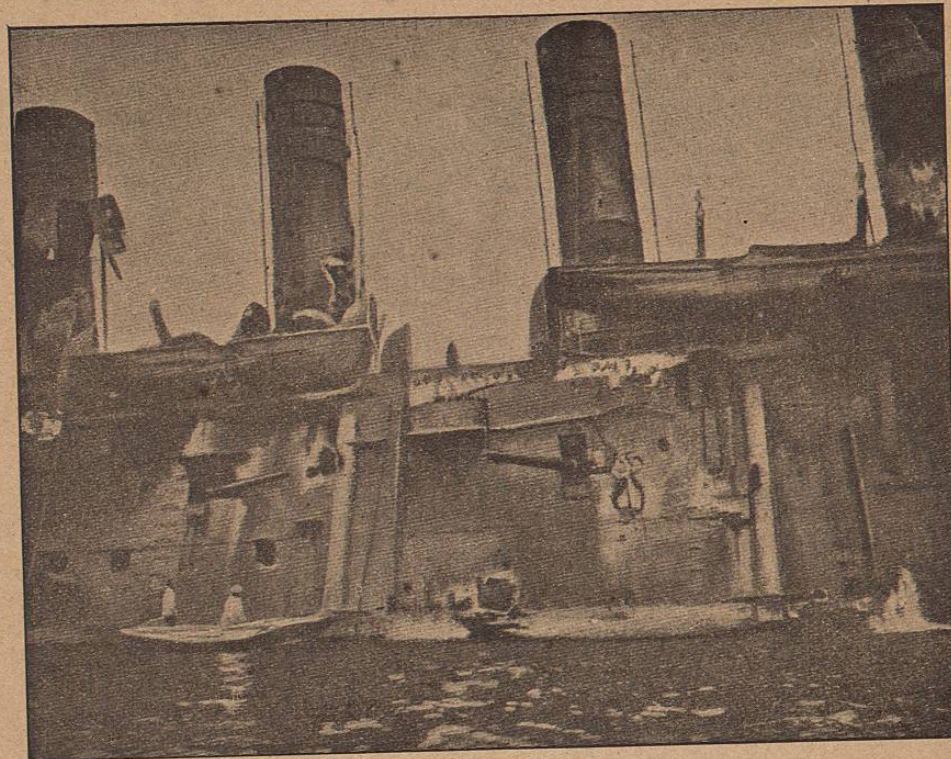
tado de las sangrientas jornadas de la primera quincena de Octubre, desorienta los conceptos mejor fundados y enseña cuán grave error puede cometerse al formular opiniones bajo la base exclusiva de los principios estratégicos derivados de las grandes guerras del continente europeo.

Apenas comenzadas las hostilidades y cuando el dominio de los mares era todavía cuestión dudosa, notábase ya el asombro de los expertos militares que, esperando desde el primer momento encuentros decisivos, acusaban al Estado Mayor japonés de incapacidad para dirigir una ofensiva rápida y

abrumadora contra el núcleo de las tropas enemigas, sin tener para nada en cuenta que en los primeros meses de la guerra conservóse intacta la escuadra rusa, que la situación política y militar de Corea ofrecía muchos puntos oscuros y que la distribución de las escasas fuerzas rusas en la Mandchuria hubieran hecho ilusoria toda invasión con el intento de producir un golpe de efecto. Obró, pues, el Estado Mayor japonés con acierto completo al aplazar hasta la catástrofe del *Petropavlovsk* todo desembarco en Liao-Yang, y al procurarse en primer término una garantía segura de éxito.

Otro punto muy discutido por los críticos europeos fué la resolución de los japoneses de destinar al asedio de Port-Arthur fuerzas tan considerables, distrayéndolas del verda-

dero objetivo, de las operaciones decisivas contra el ejército ruso. La teoría indicaba el acordonamiento de aquella plaza y el avance contra el grueso enemigo de un ejército lo más numeroso posible. Podía también admitirse, aunque resultaba menos clásico, concentrar todos los esfuerzos sobre Port-Arthur, cubriendo el sitio desde una posición defensiva, hábilmente elegida y preparada. Todo menos la idea de emplear contra Port-Arthur los 80.000 hombres desembarcados en Pi-tse-wo, á la vez que



El «Gromoboi» reparando sus averías en Wladiwostock

desde Ta-ku-chan y Feng-hueng-cheng se emprendían operaciones, cuyo carácter no podía ser muy decisivo, dado el número de fuerzas que en ellas tomaron parte.

Pero en el Japón no se perdía de vista la importancia capital de la destrucción de la escuadra rusa de Port-Arthur, y ya que desde el mar habían sido inútiles todos los esfuerzos para lograrlo, no quedaba más recurso que atacar el puerto por el lado de tierra. Estas circunstancias especiales y los vehementes deseos del pueblo japonés que en la reconquista de aquella posición marítima, mejor que en la derrota de las divisiones siberianas, cifraba todos sus ensueños de engrandecimiento, impusieron á la

alta dirección del ejército la necesidad de prescindir de la victoria en el campo de batalla para apoderarse de Port-Arthur á toda costa y en un breve plazo. Si hasta ahora han fracasado en parte estos propósitos débese tal vez á la preponderancia exagerada que los japoneses han otorgado á los procedimientos abreviados del general alemán Sauer ó á otras causas que se descubrirán en lo porvenir. De todas maneras, la batalla naval del 10 de Agosto fué una consecuencia del sitio de la plaza y desde

aquel momento la escuadra rusa dejó de constituir un peligro para el dominio japonés en el mar Amarillo, así como también las operaciones de los tres ejércitos japoneses, aun sin llegar á una victoria abrumadora, en la cual tampoco habían pensado los asiáticos, desvanecieron toda probabilidad de liberación de Port-Arthur. El plan japonés no ha sido por consiguiente tan desatinado como se suponía.

En nada puede compararse la crítica suave y razonada que se ha hecho de los generales japoneses con el apasionamiento y dureza con que han sido juzgados los actos del general Kuropatkin.

La inculpación principal que se ha diri-



gido al generalísimo ruso es la de no haber sabido evitar las derrotas parciales, retirándose desde el comienzo de las operaciones al campo atrincherado de Mukden ó al de Tie-ling para esperar allá sus refuerzos. Kuropatkin no hizo gran caso de esas teorías europeas; conocedor como nadie del efecto que una prematura retirada había de causar en la exaltada imaginación de los orientales, y seguro al propio tiempo de la indiferencia de sus tropas ante cualquier desastre, decidió con fuerzas muy exiguas, á despecho de todas las reglas de estrategia conocidas, la resistencia vigorosa de posición en posición, colocándose en situaciones peligrosísimas que ningún general se atrevería á afrontar en un teatro de operaciones europeo, y aplicando, en una palabra la estrategia del agotamiento de las fuerzas enemigas, que ciertamente había de proporcionar á sus adversarios conquistas de territorios más ó menos importantes, pero alcanzadas á costa de sacrificios tan enormes que hicieron casi negativas las victorias. Nadie podía imaginar que en Liao-Yang, donde el ejército ruso parecía irremisiblemente perdido, no cogieran los japoneses ni un prisionero, ni un trofeo; nadie podía prever que el ejército japonés lanzándose en persecución del enemigo derrotado en las alturas de Yan-tai y de Tumen-ling, quedara pronto detenido y fuera duramente castigado en las márgenes del río Sha, á pocos kilómetros de la ciudad santa de la Mandchuria.

No pretendemos hacer la apología de la *estrategia de agotamiento*, tan brillantemente desarrollada por Kuropatkin en la Mandchuria, en oposición á la *estrategia de destrucción* que los grandes maestros del arte de la guerra proclamaron en los teatros de operaciones de la Europa central. Una y otra doctrina son igualmente aceptables; ambas pueden conducir al triunfo, cuando el caudillo que las adopta ha deliberado sobre su oportunidad con la intuición penetrante del genio.

MARQUÉS DE ZAYAS  
Teniente coronel de Estado Mayor

#### UNA ALOCUCIÓN

##### DE DRAGOMIROFF

Al despedir á las tropas de los regimientos de Minsk y de Volhynia, en la estación

de Balachovka, el general Dragomiroff les dirigió las siguientes palabras:

«Hermanos, no os olvidéis unos á otros. Acordaos de que al morir por la salvación de vuestros camaradas, habreis obtenido la muerte más envidiable. Economizad vuestros cartuchos, no los malgastéis. No hagais fuego sin objeto. ¡Oidme bien! Una vez más, economizad vuestros cartuchos, economizadlos, economizadlos. Si tirais bien, 20 regimientos enemigos no os podrán vencer.

»Vosotros, señores oficiales, economizad las reservas, porque son vuestros cartuchos.

»Hermanos: yo he enseñado á vuestros padres, y ahora os dirijo la palabra á vosotros. Al atacar en línea, no os agrupéis en masa; mantened una formación abierta. Avanzad con valor. «¡Advierte, enemigo, que voy á caer sobre tí!»

»Oficiales, no hagais romper el fuego á gran distancia. Seria locura y un derroche inútil de municiones.

»En los encuentros nocturnos, no deis voces; en el silencio todo se ejecuta mejor. Dejad que tire el enemigo y marchad recto á él con la bayoneta. Ahorrad los cartuchos y las reservas. Al caer la noche, ¡silencio! Ura (hurra) es una gran palabra, pero gritar fuera de tiempo es locura, como lo he presenciado varias veces.

»Saludad en mi nombre á los soldados de Podolia y Jitomir. ¡Quiera Dios conceder la victoria á vuestras bayonetas! ¡Hermanos! ¡Herid fuerte! ¡Hasta la vuelta!»

#### UNIFORME, EQUIPO Y RACIÓN DE CAMPAÑA DEL SOLDADO JAPONÉS

Miss Mac-Caul, que prestó sus servicios en la Cruz Roja durante la guerra anglo-boer, fué comisionada por la reina de Inglaterra para que estudiara prácticamente el funcionamiento de la Cruz Roja japonesa. De regreso en la Gran Bretaña, miss Mac-Caul ha expuesto el equipo completo de un soldado de la Guardia imperial japonesa, así como ejemplos de la ración de campaña que se suministra á las tropas, de todo lo cual la hizo presente el Ministro de la Guerra, general Terauchi.

El uniforme de gala es azul, con túnica ó guerrera que lleva botones planos, de latón. En el traje de faena, los botones están substituidos por corchetes.



El compañerismo en la guerra:  
infante japonés sosteniendo á un jinete mientras se dirige á la ambulancia



La guerrera y pantalones de verano son de lienzo, sin botones ni adornos. El cuello es de lino blanco. El gorro, muy ligero, tiene funda blanca, que se usa en verano, de la que pende una cogotera dividida en tres piezas, dos laterales y una posterior, que dejan libre paso al aire.

Los pantalones se abrochan al tobillo y se ajustan á la pierna por medio de cintas, sin botones. Claro es que con estos pantalones de servicio deben llevarse polainas. El capote, de tupida lana, se abrocha con botones de hueso, y lleva una capucha para cubrir la cabeza; las faldas del capote, en lugar de ser rectas están cortadas al sesgo, hacia fuera, de modo que se solapen y no se entreabran al andar, protegiendo los muslos y las rodillas; en tiempo seco, los faldones se abrochan detrás para dejar en libre movimiento á las piernas.

Completa el traje de verano un mosquitero formado por dos círculos ó aros de caña, que sostienen una redcilla de color verde, formando una especie de tambor con un saliente en el que se introduce la cabeza. Los dos aros se mantienen separados por un resorte de alambre, pudiéndose cerrar para empacar el mosquitero y transportarlo con la impedimenta cuando no hace falta.

La guerrera y pantalones de invierno son de lana ordinaria; el cuello, muy alto, está forrado de pieles. Del centro del cuello pende una capucha de algodón, cubierta á su vez, en tiempo de lluvia, por la de una esclavina impermeable. Al cuello van sujetos, por medio de cordeles, dos guantes, con una división para el pulgar y otra para los otros cuatro dedos; así, es difícil que el soldado pierda los guantes cuando las necesidades del servicio le obliguen á quitárselos. En caso de mucho frío, se usa un chaleco de piel de cabra, que se abrocha á un lado.

La ropa interior es de buena calidad; camisa y calzoncillos de algodón, y un chaleco de punto en invierno. Las medias, de lana, carecen de talón; durante la mala estación, se calzan, sobre las medias, unas punteras de lana con la superficie más suave al interior. Al rededor del pecho y abdomen se desarrolla una faja de franela de siete palmos de largo.

Los borceguies tienen la suela más delgada que la usada en los ejércitos europeos en particular en la parte central, lo que da

flexibilidad al calzado. Clavos de hierro y chapas de latón en el tacón y en la puntera refuerzan los borceguies. Estos pesan 1,361 kilogramos. A los soldados de pies delicados se les entregan zapatos con suela de esparto ó de cáñamo.

La mochila es de piel con el pelo al exterior y un armazón de madera. El morral es de cáñamo y está dividido en dos compartimientos longitudinales. Además, cada soldado lleva un saco de 32 centímetros de ancho por 1.80 metros de largo, cosido en el centro para formar dos semi-sacos; este saco se lleva en bandolera, sujetando sus extremos debajo del cinturón en el lado opuesto. La cantimplora, fiambreira y plato son de estaño; las dos primeras son negras por fuera y el último encaja en la fiambreira. La ración de arroz se lleva en pequeños botes dentro de la fiambreira. Las ollas de campaña, de cobre, son de doble pared, echándose el agua entre ambas; el fogón está en el centro, admitiéndose el aire necesario para la combustión por una abertura lateral; las cenizas caen por el fondo.

La ración de campaña se compone esencialmente de arroz á punto de ser hervido, y galleta; ésta se confecciona con harina de trigo y de arroz, en la que se mezclan algunos granos de mijo para impedir que se endurezca demasiado. También se distribuyen patatas, habas, zanahorias, calabazas, etc., cortadas á trozos y desecadas á fin de que no se pudran y de disminuir su peso. El te y la sal se conservan en sólidas cajitas. El pescado y otros alimentos se guardan en latas herméticamente cerradas. También el forraje para el ganado se prepara por desecación como los alimentos de la tropa.

Las camillas para heridos y enfermos son muy ligeras, pues completas sólo pesan 5.45 kilogramos. Las dos barras son de bambú, y sobre ellas caen los cuatro pies cuando se pliega la camilla; pero al extenderla, los pies se separan de las barras y quedan fijos perpendicularmente á éstas, gracias á unos anillos de metal que se deslizan sobre ellos y los sujetan. En los extremos de la camilla hay dos arcos de metal á los que se fija un toldo de conveniente altura.



Oficiales rusos interrogando á un prisionero